

Cartografía mutante 3



Cartografía mutante

**Trabajos ganadores de la convocatoria
Narrativas Indefinibles**

2020

**Secretaría de la Juventud
Alcaldía de Medellín**



Alcaldía de Medellín



CARTOGRAFÍA MUTANTE

Alcalde de Medellín

Daniel Quintero Calle

Secretario de la Juventud

Alejandro Matta Herrera

Autores

Valentina Torres, Luisa Grisales, Santiago Burbano, Mateo Echavarría, Santiago Blandón, Felipe López, Alejandro Vélez, Juliana Roldán, Wendy Londoño, Juan José Díez

Corrección y apoyo a textos

Daniel Acevedo Arango

Imagen de carátula

Johanna Casanova

Fotografías

Cada uno de los autores

Diagramación

Camilo Restrepo Monsalve

(Colectivo Nuevas Voces Poéticas)

Concepto - Diseño

Camilo Restrepo Monsalve

(Colectivo Nuevas Voces Poéticas)

Edición 1, 2021

© Municipio de Medellín

Calle 44 # 52-165

Centro administrativo Municipal

www.alcaldiademedellin.gov.co

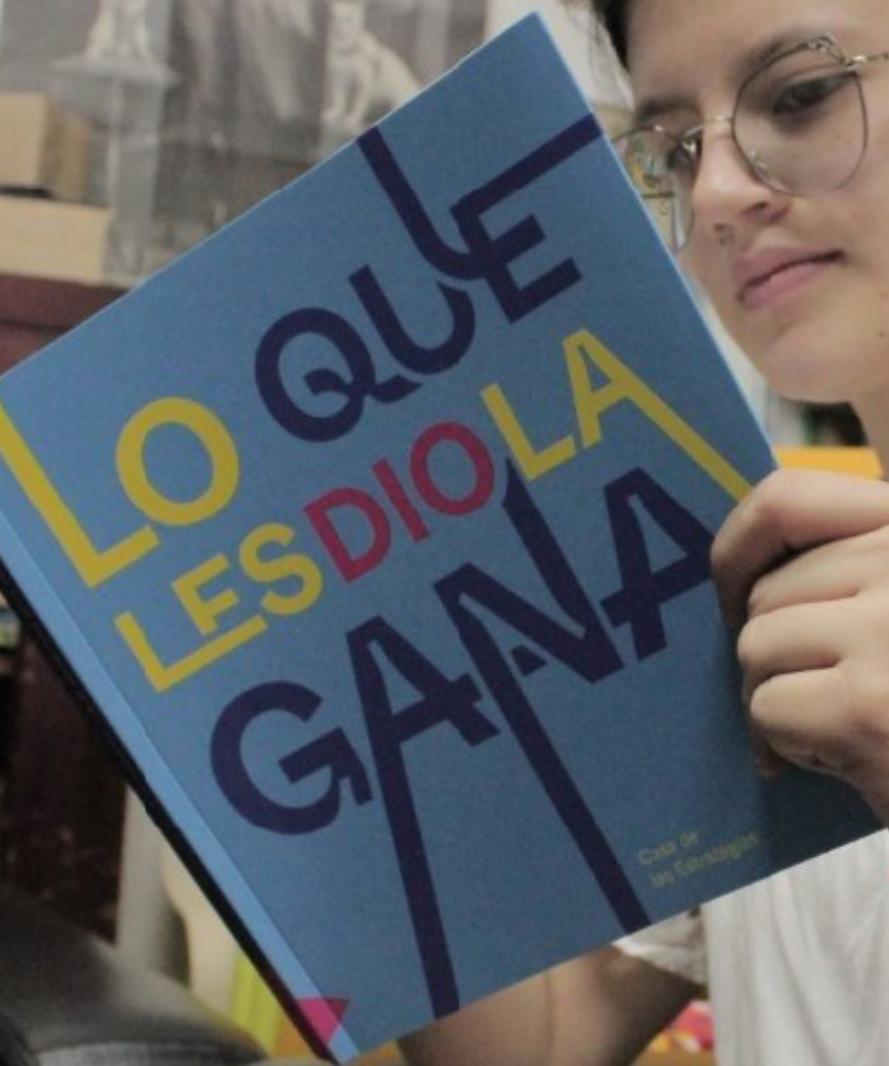
Esta es una publicación oficial del Municipio de Medellín. Cumple con lo dispuesto en el artículo 10 de la Ley 1474 de 2011 Estatuto Anticorrupción, que dispone la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de servidores públicos o candidatos.

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, que cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Cuentos indefinibles

–Narrativa–



- Jheny Fernanda Duque Duque-

*

Escribir sobre uno mismo es un desgarramiento, un dolor siempre latente; una mirada ególatra sobre su existencia. Yo sin creer en ídolos, puedo decir de mí entre tanto ruido, que nací realmente la primera vez que visité una biblioteca en compañía de mi hermana Yurany Duque. El 03 de agosto del 2000 es tan solo una fecha simbólica, un arquetipo en el mundo. Mi bildung solo se empezó a desarrollar tras seis años después, con Liany Muñoz profesora de bachillerato quien atentamente repasaba y corregía -a veces de forma muy generosa- mis escritos adolescentes y por su puesto mi madre, Oliva Duque, quien me acompañó y alentó desde el principio a seguir mis pasiones. El gran fracaso de no poder entrar a la universidad inmediatamente después de salir del colegio permitió un segundo nacimiento, una formación más consciente y una búsqueda más ardua de mi verdadero yo. Conocí el voluntariado, el trabajo comunitario y por su puesto a un gran amigo que me acompañó en el proceso, Alejandro Marín. Desde el año 2019 ocurrieron sucesos decisivos: entré a la universidad, continué con los procesos comunitarios y en un deseo de escribir con otros y otras nació Navegantes Indómitos, un espacio para escribir colectivamente, conversar y jugar rebeldemente con la escritura, un lugar donde sané y me conecté con personas maravillosas. Posteriormente, conocí a Morada y con ello a grandes críticos de mis escritos y proyectos, Lukas Jaramillo, Boti y Camila Uribe. Al final uno es lo que los demás le ayudan a construir, y yo solo soy una línea errante que busca perderse en el infinito mientras agradece la compañía. Esto es lo que soy por ahora, si acaso logro aquel cometido.

*

La carne

I

El centro es una dicotomía entre la esperanza y la frustración. En tan solo unos minutos de recorrido puede uno percatarse que las personas corren con frenesí, excitación y con los ojos puestos en el suelo evitando sostener la mirada para no echarse a llorar. “La vida no es fácil hija”, exclama mi padre, quien me sacude con fuerza como intentando igualar mi ritmo al suyo mientras presenciemos el robo de una bicicleta. Pertenece a una joven que no sobrepasa los veinticinco años, su aspecto es desolador; aunque no la conozca, su mirada ya la he visto en otros. Me inquieto. Mi padre es de aspecto tosco, su negrura (secuelas de la calle) dejan ver desaliño y poco decoro, sus uñas desgastadas por el estrés reflejan el odio interior de un ser que apenas se reconoce, su presencia devela la flaqueza de espíritu que le pertenece.

— Mira —me dice—, ciruelas como te gustan, ¿quieres?

Mi sonrisa pícara confirma la pregunta.

— Deme cuatro— dice con afán.

— Son mil— dice el ventero.

Su mirada profunda denota tenacidad y dolor, como quien ha caminado por años y ya su cuerpo cansado le ruega que se detenga.

Mi padre, con cierta melancolía, exclama:

- Alguna vez caminé por estas calles lleno de sueños de esperanzas. Ahora, solo hay vestigios de momentos y espacios inolvidables. Caminar con los amigos entre Carabobo y Pichincha mientras, entonados, le gritábamos a los suicidas que lo pensarán dos veces, que nosotros los escuchábamos, pero nada. Juniniar sin tener un peso y meternos a los teatros sin entender nada de lo que decían. Al final, el vacío en el estómago diario y la guerra me fue arrebatando todo eso. Solo te tengo a ti.

Seguimos caminando entre la gente, finjo no comprender nada mientras trago saliva y pienso en mamá, recuerdo cuando me narraba cuentos, siendo yo una pequeña, se quedaba horas y horas leyendo lo mismo, y yo la escuchaba con amor y alegría, ella era una buena persona, brillaba con su mera existencia. Aunque pensándolo bien, había algo que me disgustaba, era su carácter para dejarme cuando apenas empezaba a dormirme, lo hacía porque tenía una responsabilidad con papá los fines de semana, bajaba al centro, al carro de venta, ubicado justo en la avenida Palacé. Mi padre se ponía mal y hacía escándalo, tenía que evitarlo.

Mi único consuelo se encontraba en mi tía Amparo, cada que llegaba del colegio me preparaba una sopa que intentaba imitar la sazón de mamá, pero no se acercaba ni un pelo, sin embargo, yo sonreía y sorbía como nunca el caldo pálido, viscoso y simple. Mi mayor interés era poder salir a jugar con mis amigos de cuadra y besarme con Andrés, imitábamos los actores que veíamos en televisión y no nos quedaba nada mal; aunque dijera que mi lipstick rosado fresa sabía desagradable y que le parecía que corría demasiado como niña con mis shorts cortos, mi pelo desordenado y mi blusa morada. A pesar de todo, nuestras tardes se resumían en correr, saltar y pisar el barro que a veces se confundía con un baño de cristales carmesí en las empinadas calles de la cuadra. A veces solo podíamos escuchar voces de alerta... silencios...preguntas...más silencios.

Sin duda, los fines de semana eran los más alegres, no solo para mí, sino para el barrio. Doña flor, de la junta de acción comunal, invitaba a todos a donar papa, arroz, frijoles, carne, condimento, gaseosa entre otros, para hacer frijoladas. Aunque la carne siempre estuviera cruda y la frijolada se pasaba casi siempre de sal, era un espacio inigualable de encuentro: don Beto traía el baffle, los Herrera el mecato, Carmencita la decoración. En fin, cada vecino tenía su responsabilidad implícita de darle color cada fin de semana a la cuadra del barrio, que a ritmo de vallenato y despecho pasaban sagradamente, y el domingo a las seis de la tarde, cuando el guayabo pasaba iban a misa como Dios mandaba.

Y así, semana tras semana, excepto cuando *oscuridad y silencio* rondaba por las calles; cuando eso pasaba cada uno se encerraba en su casa a rezar el padrenuestro y a confesar sus pecados más ardientes. Don Beto desesperado rezaba los mil jesuses, sin ser tres de mayo, pidiendo redención por la *lujuria* y por tocar la *carne fresca* del barrio, es decir, por tocarles el cuerpo a las niñas y adolescentes cuando iban por un dulce y no les alcanzaba la plata. “Es un secreto que debemos guardar”, le decía don Beto a las jovencitas “tu galletita estará a salvo conmigo”, ¡qué dulce pecado!, pensaba, mientras con frenesí empapaba su frente de sudor de puro miedo. Sus súplicas eran un ruego hipócrita para no ser castigado en la tierra y en el cielo, remordimiento no había. Carmencita, aunque era menos creyente que don Beto, rezaba una casita por las palabras falaces que declaraba a sus vecinos día tras día cuando salían a trabajar. Uno a uno, iban santiguándose por sus errores; luego: galletita, charlas, burlas, música.

II

Una tarde, en clase de ciencias sociales, la profesora nos contó cómo dentro de la Villa de Medellín se empezó a comercializar con carne, y se lograron consolidar rentas importantes con esta actividad. Este auge logró fortalecer un espacio entre Junín y

Sucre para sacrificar animales y producir dinero, nos decía. Y aunque ese negocio liderado por los españoles quebrara en la época de 1821 y se cambiara por otra actividad económica; quedaría como precedente la barbarie que se puede cometer en aras del progreso. Mientras ella lo dice pienso en la carne, veo en retrospectiva y recuerdo el líquido rojo que emana de los almuerzos que me da mi tía Amparo, pero también pienso la última vez que Ferney a las afueras del colegio me tocaba las nalgas de forma descarada y decía “¡qué carne, mi amor!”, las veces en que corriendo en la cuadra se raspaban mis rodillas y quedaban descubiertas, desamparadas. El colegio siempre me produjo íntimas alegrías, aunque tuviera un aspecto lúgubre, sus paredes estaban descoloridas y se caían a pedazos. Lo amaba a pesar de que más de la mitad de sus pupitres tenían un olor a madera vieja y sus ventanas se veían descuidadas.

Salir a caminar y poder disfrutar el paisaje en Medellín es un privilegio que pocos se pueden dar. Fue un placer que obtuve desde que tenía el estatus de señorita, o eso decía mi tía y mi padre, que con pudor mencionaban que me cuidara de los peligros de esta ciudad: que la faldita, que la miradita, que el labial llamativo, que cuidado con provocar al señor de la tienda, al señor de la esquina, al amigo, al hermano de Teresa, al conocido, al desconocido que sonría, que por qué tan empalagosa, que sea agradecida, que deje de hablar tanto, que por qué no habla, que cocine bien, que estudie para que salga adelante, que cuidado con ser lanzada, que una mujer se da a respetar.

Poder apreciar la calle de La Playa, y pensar que día a día, bajo el ruido y el caliente asfalto, chasquea el agua poderosa que parece invisible. Recordar con extrañeza entre el bullicio por la venta callejera, el Palacio de Justicia con sus presos políticos, con su melancolía y sus suicidas. La calidad cultural con el Teatro Bolívar, justo entre las calles de Junín y Sucre, que ahora solo es un parqueadero; y la antigua Escuela de Derecho de la Universidad de Antioquia, con sus desgastados salones, pugnas ideológicas y cierres prolongados. El progreso y el afán fueron construyendo todo eso. Y también,

entre la dicotomía y la esperanza, los besos que a pleno sol del día se dan con ganas dos hombres en Parque Botero, se pintan las calles y los muros con frases que retumban en mi cabeza y se hace poesía en las laderas. La chunchurria, la gente, el bullicio, la carne. La misma carne nauseabunda, inexplicablemente insoportable en mi cotidianidad, viscosa: hierro, babas, sangre, gritos, carne...carne.

Sin duda, en una ciudad que no había sido hecha para las mujeres jóvenes, el acto más revolucionario era habitarla en cada rincón con la alegría y la diversidad que me había sido negada. Recorrerla en bicicleta, recorrerla caminando, corriendo, en bus, en metro. Mamá solía caminar todos los días, cada lugar de Medellín lo conocía, yo soy más temerosa y lenta, errática en mi trasegar. Todavía recuerdo sus ojos y su cabello oscuro, sus caderas pequeñas y su sonrisa profunda. Todos la conocían y hablaban de ella, era fenomenal. Sus brazos siempre dispuestos a ayudar a quien lo necesitara, su capacidad para decir aquello con lo que se sentía inconforme, su bondad.

III

Todavía recuerdo con nitidez aquella noche, mamá olvidó leerme el cuento y había dormido poco, pues hacía días no podía verla. En esta ocasión el barrio, con su cotidianidad se sentía diferente. Creo que pocas personas pudieron notarlo, sin embargo, había una sensación de abstracción interna, una devastación de las subjetividades, una sensibilidad que quemaba las entrañas. La noche se mostraba brillante y luminosa, a su vez, silenciosa y con olor a ausencia. Susto, trueno, choque, mareo, aire, aire, vómito: carne.

Tenía un regalo para ella, aún lo tenía escondido bajo la cobija para cuando llegara. Un ruido súbito me hizo saltar de la cama.

— Mira— dijo papá—, ciruelas como te gustan, ¿quieres?

— ...

Frunciendo su seño, sus ojos grandes como la luna, heladas sus manos y encharcados sus ojos, me abrazó. En su mano derecha, ciruelas, en su mano izquierda un líquido caliente, viscoso envolvía la bolsa y ahora también inevitablemente mis manos ¿carne?

— Sí, tu madre la traía de camino a casa.

— ¿Y las moscas?

— ...



- Luisa Grisales-

*

Nací en la Clínica Víctor Cárdenas Jaramillo en Bello. Sin embargo, he vivido en Medellín toda mi vida. Tengo 22 años. He vivido 8.278 días. Creí en Dios, pero el destino, la ausencia y los años lo destruyeron. Dios no existe para mí. Tampoco existen los grandes océanos, ni las palmas de cera. Los gatos blancos con negro son mi mala suerte y, mi mayor y más maravilloso recuerdo son las mariquitas que invadieron el árbol de mandarinas antes de convertirse en una rama escuálida enraizada en el cementerio de mascotas que es el solar.

*

Javier y yo

Pocas veces me veo desnuda. El espejo refleja una imagen que se inquieta con la salida del sol. Pechos talla 32, cintura amplia y espalda gruesa, herencias maternas que me pesan en el alma. Tengo estos ojos brillantes y esta simpatía natural en la voz, tengo la piel suave y la planta de los pies callosos. Puedo respirar, aunque algunas veces, atorado en algún lugar de mi garganta, un elefante se sienta. Me despierto y soy mujer. Me miro y soy fantasma.

En el reflejo del espejo puedo notar la cama sin tender, con la cobija de niña de siete años desparramada por todos lados, con los peluches deshinchados y las flores del tendido azul. En algún lugar de aquella laguna de tonos pastel sobreviven los sacos oscuros del pasillo de hombres y, en un recóndito pedazo del closet, ocultos tras las faldas y los vestidos bien planchados, hay un montón de sobres sellados.

Me duele mucho el cuello y se me duerme la mano. Escribo cartas, donde me equivoco. Mi nombre es Laura, en el papel soy Javier. Escribo cartas en donde me equivoco con mi nombre. Donde me equivoco de cuerpo. Escribo cartas, la última no la termine, me dio miedo. Era demasiado hombre, y tenía miedo de no poder volver de ese lugar, de no poder dejar de ser Javier. Mi madre grita Laura ¿Ese nombre soy yo? Mis ojos destierran cualquier posibilidad de refutar al espejo. Mis manos delgadas y mis pies pequeños son una burla para mis intenciones. Son un desconsuelo de realidad para mis escritos con la mera intención de nombrarme como me sueño y sentirme como quiero.

No era gay, confieso, no era homosexual. Me apasionan los hombres, me gustan sus formas, sus cuerpos, me gusta verles la espalda, dibujar con mis dedos sus estómagos, jugar con su cabello corto, ligero y sin pesadumbre, me gustan sus orejas, sus labios, sus ojos estrellados en la simplicidad. Pero, anhelaba casi con desesperación habitar un cuerpo como esos. Usar chaquetas hechas para cubrir el frío, pantalones con bolsillos, y camisas que escondieran la pesada existencia de mis pechos. Quería dejar de ser algo que sangraba. Quería ser fuerte. Y hermoso.

En las cartas fui real, las terminaciones de ciertas palabras me destacan como una realidad. En ellas escribo que soy vendedor y no vendedora, que soy actor y no actriz, que soy bueno y no buena. Una 'o' a veces lo cambia todo. Cambia mi forma de caminar por las palabras, en la que me suscribía al mundo. Son cartas para nadie.

Hubo una tarde en que Javier se miró al espejo, una tarde en que no se quedó en las cartas, en las hojas, en el papel, una tarde, muy azul, muy de memorias de balaceras, muy de Medellín. Javier se observó: los pechos talla 32 parecían montañas estorbosas, montañas dudosas, montañas movibles. Javier se asustó de no verse a sí mismo. De no encontrar en el espejo reflejados sus pantalones con bolsillos profundos, manos fuertes, ojos simples, pies talla 38. Se asustó de lo ajustado que era la blusa, de la cadena con el dije de una flor, de los aretes grandes y visiblemente decorativos, del rostro suave, de las orejas pequeñas, de los labios ligeros, del cabello que ocupa los omoplatos. Se asustó, en el espejo refulge una mujer dudosa, de espalda amplia y de abdomen grueso. Estaba asustada de querer ser hombre.

Cuentos indefinibles

Santiago Burbano



-Santiago Burbano Orozco-

*

Los tíos siempre cruzaron historias en la mesa, y yo las fui escuchando todas. El abuelo, sentado en la cabecera, decía: "Escriba, mijo". Y a veces lo hago. De él aprendí las palabras; de la abuela, el silencio. No tuve hermanos, y por eso a veces conversaba solo e imaginaba mundos improbables en ese séptimo piso. Me gustó siempre hojear la Biblia, pensarme ante la serpiente, o en el arca, o al pie de la cruz. Por eso también miro para arriba y confío en alguien a quien no veo. Fito y Jorge cantaron sus canciones. Loaiza me presentó a Sábado y más tarde le cayó encima un árbol, y supe qué era la muerte. Escribí unos poemas que quedaron malos, pero que él leyó con cariño. Estudié comunicación y periodismo, que para encontrar qué decir. En la Universidad leí a Mutis, a Gabo y a Manuel Mejía. Y fueron llegando los amores, las películas, los amigos, Madrid y la Iglesia. Y seguí tomando fotos y juntando palabras, quizás para disminuir la fiebre de sentir de Pessoa, quizás por la soledad de Manuel. Quizás, como Jorge, por esa delirante obsesión de querer perdurar.

*

Bereshit

*“Apenas nos pusimos en dos pies
y nos vimos en la sombra de la hoguera
escuchamos la voz del desafío,
siempre miramos al río
pensando en la otra ribera”
Jorge Drexler*

No es posible saber en qué generación se rompió el relato. Hubo unos padres que no se lo contaron a sus hijos, como los suyos sí hicieron con ellos. Desde entonces las historias son bifurcaciones difusas y desesperadas con la pretensión de acercarse vagamente a ese primer relato que contó el gran abuelo y que una generación descuidada no contó. Pero una certeza inusitada permite saber que él, cuando fue un joven con la consciencia suficiente para mirar su reflejo en el agua, supo algo definitivo.

Quizás sucedió una tarde, en un descanso junto al río por la fatiga que sentían todos de haber andado desde el alba por alimento sin éxito. Ya a esa hora empezaban a alargarse las sombras de los grandes helechos, las aves con su algarabía hacían los últimos vuelos para guardarse en sus nidos y en el bosque todas las criaturas comenzaban a pensar en la guarida. La fuerza del río menguaba.

Él se sentó como los demás a la sombra de un árbol a bajar el calor, a reposar sus pies palpitantes y esperar a sentirse mejor para continuar. Entre los gemidos famélicos de los suyos, notó que una hoja se desprendía de la rama; la siguió con la mirada durante todo su recorrido mientras caía dando giros impredecibles hasta toparse con el agua. Se levantó. Algo le atrajo, quizás la gracia con que se dejó llevar hasta la corriente, quizás la imposibilidad de conocer cuál sería su siguiente movimiento en el aire, la incertidumbre de qué pasaría con ella ahora que estaba a merced del caudal. Se acercó afanoso a la orilla para buscarla y la vio tendida sobre el río, alejándose a otros parajes, alejándose de su árbol. Se quedó un rato viéndola irse hasta que no quedó más que su reflejo. Entonces se miró.

Los suyos, aún tirados en el suelo, algunos dormidos, seguían con los ojos puestos en la nada, absortos como él siempre los había percibido. Se miró el cabello oscuro, sus abundantes cejas, los ojos grandes y bien abiertos (supo que estaba mirando con ellos), el vello que también le crecía en la cara, la enorme nariz y los abultados labios. Estuvo largo rato viéndose en las aguas. Se rio torpemente cuando notó que el cielo también estaba detrás de él, y que una de esas blancas masas flotantes, de las que a veces caía agua, parecía haberse puesto sobre su cabeza. Tuvo que mandarse la mano a la coronilla para comprobar que realmente no estaba.

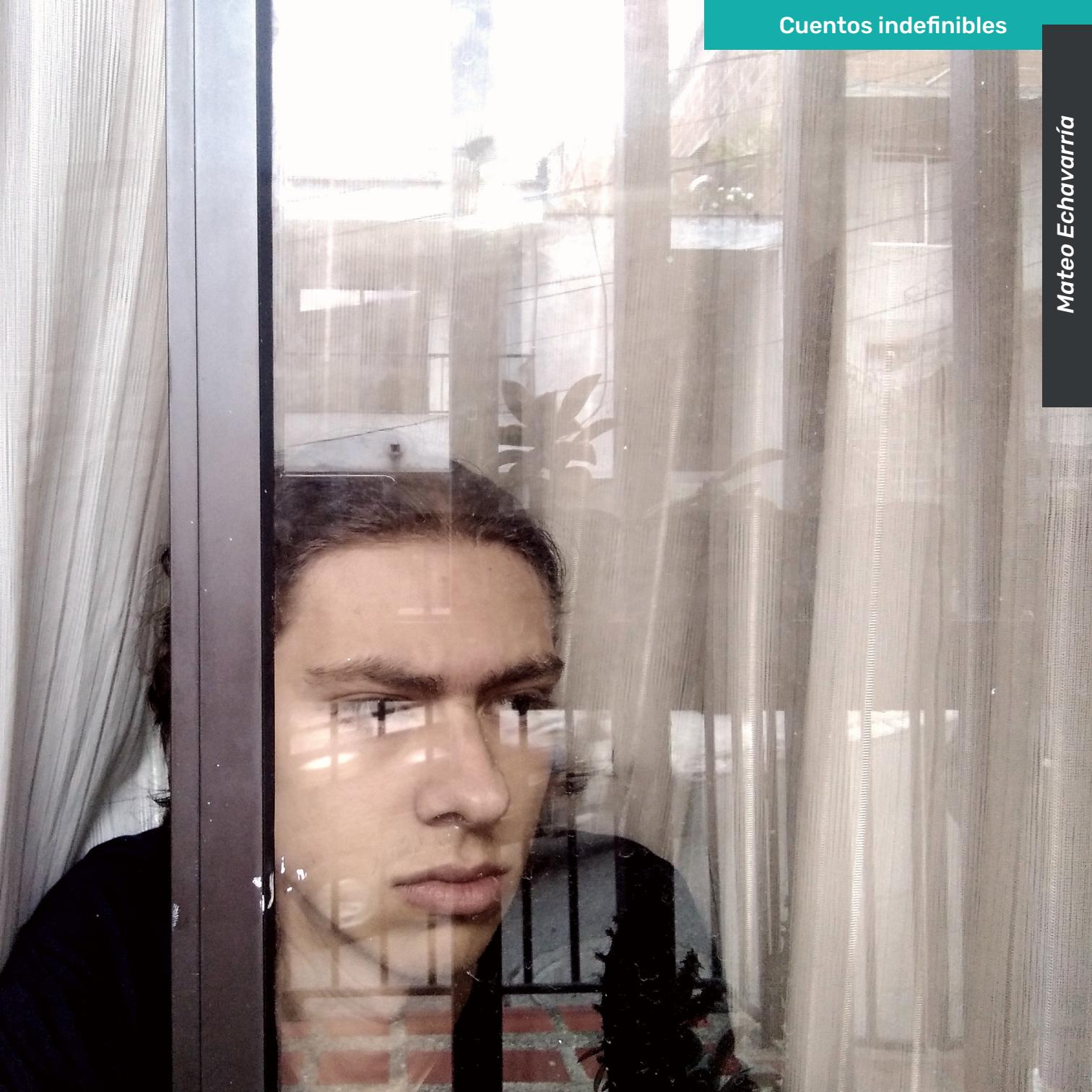
Lo sacudió de su contemplación el gruñido de los demás que indicaba que iban a continuar. Se centró entonces en la imagen de su progenitora. La veía ya moverse de nuevo detrás de los demás. Se le hizo tosca, en apariencia como él, pero de movimientos acaso más bruscos e irreflexivos. No era solo ella, eran todos. Brotó en él un deseo, una necesidad de acercársele para hacerle saber el viaje de esa hoja y lo extraña que había resultado momentáneamente una nube sobre él, pero no pudo. Ella no parecía comprenderlo, seguía ciegamente a los otros, reiterando su búsqueda por comida y un lugar donde dormir. No alzaba sus ojos hacia el cielo ni hacia las hojas que caían de los

árboles. Supo que había un abismo insalvable entre ambos, entre esos con quienes había pasado tantos soles y tantas estrellas, pero con quienes siempre se sintió solo.

- Ellos eran así, y hacíamos estas cosas juntos. Ella era negra y andaba encorvada. Estuvimos por allá, y terminamos aquí. La hoja cayó del árbol y flotó sobre las aguas, y en mi cabeza se posó una nube. Vengo de esto, y de esto vienes tú también. No lo olvides.

Su hija lo entendió, y se lo dijo a sus hijos que lo hicieron a su vez, hasta la generación desconocida que lo olvidó o lo ignoró. “¡Adán!”, se le ocurrió a alguien hace poco. “Jardín, fruto, serpiente”, escribieron.

Retazos no más.



-Mateo Echavarría García-

*

Dos días antes de mi nacimiento, mi madre sufrió un estruendoso accidente automovilístico que la mandó disparada por el parabrisas del taxi donde iba. No sé si sea por eso o no, pero tras un par de días, un 21 de octubre del año 98, extrajeron de su vientre a un ser con una peculiar inclinación y sensibilidad por escuchar, observar, llorar y tirarse por las ventanas: yo, Mateo.

A medida que pasaron los años, crecí, conocí la duda y estudié, fui tejiendo una relación entre estas tendencias que cada vez se acentúan más. Con este tejido he hecho un camisón aún incompleto con el que me cubro provisionalmente si el frío enviste.

Escuchar y observar son sinónimos si se llevan a la más dedicada y extrema contemplación, si se llega a percibir con todo el cuerpo y ser atravesado por aquello recién percibido y conocido. Llorar, por otro lado, es una evidencia de que algo se sintió, de que el cuerpo ya fue involucrado. ¿Y qué manera más efectiva de implicar el cuerpo que lanzándose por la ventana? Es búsqueda de libertad, es liberar con el cuerpo la tensión del desespero. Es también, si se quiere y como yo lo prefiero, lanzarse a ser parte del paisaje entero.

*

Piensen en mí

Estaba dormido cuando, de repente, oí un ruido en la habitación del lado. Por las distintas voces creía que había ocho personas aproximadamente. Me quedé en mi cama tratando de escuchar la discusión para averiguar si era algo serio, si podía seguir en mi siesta de las tardes, si era una bulla como las otras.

- Piensen en mí— gritó una voz ronca y vieja.
- Piense en nosotros, no sea egoísta— respondió otra voz femenina entre lágrimas. Esa voz y esas palabras ya las había escuchado antes. Era mi madre.

Me levanté de mi cama, me estiré y me sequé la saliva que tenía en la mejilla. Tenía un dolor de espalda que me obligaba a torcerme y fruncir más el ceño. Caminé los tres pasos que separaban mi alcoba de la del lado, y en la puerta me encontré a dos personas que se abrazaban llorando. Eran mis primos. Vi dentro de la habitación otras siete cabezas, mi cálculo inicial era casi acertado.

- Piensen en mí, ¡los egoístas son ustedes!— gritaba mi abuela, la dueña de esa voz ronca, vieja y casi varonil.
- Pero mamá, ¿cómo nos vas a hacer esto?— preguntó una tía enfurecida.
- No seas egoísta— decía mi madre llorando cual magdalena para secarse las lágrimas con la manga del buzo que tenía y luego volver a seguir con el llanto.

Yo entré al cuarto empujando suavemente a mis primos en la puerta. Todos voltearon a verme y enseguida me ignoraron, excepto mi tío que estaba recostado junto a su esposa sobre el closet a mi derecha. Frente a mi estaba mi abuela llorando con la pipeta de oxígeno junto a su cama. Al otro extremo de la habitación, a la izquierda del closet, mi mamá, dos primas y mi tía, sentadas en un viejo sillón, la veían llenas de angustia.

— No agrande más el problema— me dice mi tío.

— No he hecho nada y no sé qué pasa, no me culpe por algo de lo que ahora soy inocente.

A continuación aparté la mirada de mi tío y pregunté en voz alta: ¿Qué pasa? Pero nadie me respondió. Pregunté de nuevo, pero más duro y mi tío dijo:

— Vaya siga durmiendo ya que no sabe hacer nada más.

Cuando yo iba a responder mi mamá habló e interrumpió cansinamente la naciente y repetida discusión.

— Tú abuela tiene una crisis, está haciendo show— calló un par de segundos y se tocó el pecho—. No sé qué voy a hacer, esta situación me va a matar.

Mi madre se acercó a mí, esquivando a la gente que lloraba desesperaba en la habitación, e intentó abrazarme pero me moví antes de que lo hiciera, me dirigí al baño y me mojé la cara. No pensaba volver a la alcoba hasta que escuché uno de los argumentos de mí senil y dramática abuela:

— ¿Qué les hace creer a ustedes que quiero seguir viva? ¡Tengo 85 años y ya estoy aburrida!—alzó la voz levantando las manos—. Tengan compasión por esta pobre anciana, no alarguen mi sufrimiento. Por el amor de Dios, no alarguen su sufrimiento.

Cuando mi abuela terminó de hablar, los llantos se agudizaron y una tía cogió el teléfono para llamar a un médico:

— Buenas tardes... Sí, es que mi mamá está muy agitada... ¿Pueden venir rápido?

Cuando colgó el teléfono, me acerqué a mi tía

— ¿Qué va a hacer un médico?

— Calmarla, aplicarle una inyección, no sé, algo que nos la deje más tiempo con nosotros— respondió indisponiéndose gradualmente con cada fonema que pronunciaba.

— Tía, pero si ella no quiere vivir más— dije poco contento con la respuesta—. ¿Por qué va a llamar a un médico para que la mantenga viva?

Mi tía se volvió un manojo de gestos. Primero se sorprendió, sus cejas se alzaron, luego sonrió de manera perversa e irónica. Levantó la mano y amagó pegarme, se arrepintió, me miró con furia y me dijo:

— No sé usted cómo puede insinuar eso.

Nos quedamos callados. Al rato llegó el médico. Se sentó al lado de mi abuela y le preguntó qué sentía.

— Doctor, estoy cansada, me duele todo el cuerpo, estoy aburrida de tomar todas esas pastillas y odio esta pipeta de oxígeno con la que me toca andar, por el amor de Di... — paró de hablar, había perdido el aire.

— Señora, estoy incapacitado moral y éticamente para hacer lo que usted quiere que haga — respondió el médico mirando por encima el historial — Usted, gracias a Dios, no tiene una enfermedad terminal como para pensar en la eutanasia.

Se puso de pie y les habló a mi tío y a mi tía, les dijo que iba a aplicarle un sedante pues no tenía nada más que hacer. Procedió y luego de cinco minutos en la casa, se fue, dejando a mi abuela profundamente dormida.

Sentía y comprendía a mi abuela, ya era mucho tiempo viviendo entre truculencias y puro dolor físico y mental. Yo no quisiera estar así nunca y preferiría acabar mi vida antes de tiempo, que luego tener que rogar para que me maten. Pero me convencí de que no importaba.

El resto de la familia se tranquilizó, se fueron a sus casas y quedamos los de siempre. Los que vivíamos allí. Luego, más tarde en la noche, mi tío, mi madre y mi hermana se encontraban en la sala de mi casa bebiendo cerveza y viendo un partido de fútbol: Deportivo Independiente Medellín vs Atlético Bucaramanga. Yo estaba en mi cuarto repasando lo sucedido, solo me interrumpía el sonido que hacía el tanque de oxígeno de mi abuela y mi tío quien, cuando pasaba algo medianamente emocionante en el partido, gritaba y aplaudía desaforado. La familia es de las instituciones más bullosas.

Sentí deseos de beber algo; el calor, la bulla y el desgano me torturaban y me tenían asfixiado. Me paré de la cama y salí de mi alcoba con rumbo a la cocina. Pasé por la de mi abuela, la del lado. Percibía su respiración y el sonido del tanque de oxígeno. Escuchaba el reloj de la habitación marcando los segundos. Cada tuerca hacía un eco suave, corto y de tortura. Las manecillas con su tic-toc, marcaban un tiempo que no valía la pena vivir. Comprendí a mi abuela.

Fui a la cocina y tomé leche, pero no me di cuenta; no pude saborear en mi boca el gusto lácteo, ni pude sentir el líquido refrescando mi garganta, no paraba de pensar en que yo podía hacer algo por mi abuela.

Saqué otro vaso de leche y fui a su habitación, abrí la puerta despacio y me senté al

borde de la cama donde dormía, tomé una almohada y le dije suavemente: “Con gusto”.

Puse la almohada en su cara y la dejé ahí mientras presionaba con mis manos. El forcejeo fue casi inexistente y sin embargo desde que empecé me estaba cansando. Pero no fue el cansancio lo que hizo que quitara aquella almohada de la cara de mi ya muerta abuela; no fue la culpa, no sentí nada. No fue el hecho de que su corazón ya no latiera y su pecho no se inflara. No fue el grito de horror de mi hermana, ni los golpes que mi tío me daba en mi adolorida espalda.

No fue el llanto de decepción, desespero y dolor de mi madre, ni las sirenas que sonaron más tarde afuera de mi casa. Ni siquiera la picazón ocasionada por la picadura de un inoportuno mosquito.

— Piensen en mí— dije retirando la almohada del rostro inerte y pálido de la que fue mi abuela.



-Santiago Blandón Mesa-

*

Nací un viernes santo de abril en Medellín; no nací solo. He vivido haciéndome preguntas que no han tenido respuestas definitivas. He leído, estudiado y escrito para mí y para mis amigos y cercanos. Estudié filosofía y me formé para ser maestro, porque descubrí que somos por los otros. Me he dedicado a enseñar a los jóvenes –dentro y fuera de los colegios, y de pueblo en pueblo de Antioquia– que la vida es más de lo que creemos, que nuestras palabras, sentimientos, pensamientos y acciones son la verdadera resistencia contra la pesadez y sin sentido del mundo.

Me enamoré de la literatura una tarde en casa de una tía leyendo a García Márquez y al darme cuenta que las palabras llegan a lugares tan íntimos y expresan lo que en principio parece inexpresable. También porque he experimentado el dolor de la vida y de la pérdida, y en las narraciones he encontrado el consuelo humano y divino: 'las palabras llegan a ser sangre y carne transmutada'.

*

Compañía

Las paredes amarillentas y agrietadas por la humedad me aguardan de los peligros del mundo exterior, de los hombres y sus vanas glorias. Son las confidentes de mis pensamientos. Ellas me escuchan como ninguna mujer u hombre lo ha hecho. Los insectos no sé si escuchan, pero a veces me miran con ternura. Impávidos me ayudan en la indiferente condición de la existencia llamada tiempo, a no perderme en las profundidades del pasado representado en recuerdos, en el futuro inexistente representado en sueños y en el presente ineludible, sangrante y encarnado en los mismos viejos miedos. El hambre se fue hace rato. Volverá, siempre lo hace. Hoy sienten más cómoda mis nalgas esta colchoneta y más cálida está la pared que descansa mi espalda. Oigo el zumbido de los mosquitos. En la pared veo pequeñas polillas que parecen pinturas rupestres. Veo las antenas de las cucarachas asomadas por las rendijas. Las lagartijas se asoman silenciosamente — ¡esas son las que miran con ternura!— y se han quedado quietas, con sus ojos pequeños, negros, y tan profundos como el mar clavados en mí. Siento que me admiran... o tal vez se compadecen. Saben de mi soledad. Yo quiero abrazarlas para ya no sentir asco por el tacto con lo diferente... Miro nuevamente a la pared descolorida, como si mirara un horizonte infinito, perdido en el sonido inesperado de la alarma de algún carro y en los gritos tétricos de una mujer en el exterior. Afuera la lluvia cae lentamente. Recuerdo el día en que una señora me gritó *"loco"*. La vela ilumina tímidamente. Ya casi se acaba. Miro su luz fijamente antes de que se extinga. Un gélido viento intentó

matar su bella luz, que *es lo que tengo*. Su llama solo se estremeció. No me di cuenta: las lagartijas cambiaron de posición, pero siguen mirando. Vuelvo a mirar la llama. La vida es así de simple. Es una luz bella que en cualquier momento se apaga. Luego viene el frío. Me acuesto para que mi cara esté más cerca de la luz. Mi nariz y mejillas se calientan. Me abrazo. Esa calidez me hace pensar que cuando era niño soñé con volar. De ello quedó una fractura y algunas cicatrices. Pero “mi interior sigue bien”, eso decía mamá. También recuerdo a mamá. Y recuerdo a mis papás, a algunos les gustaba el fútbol, la cerveza y el billar. No recuerdo qué me gusta. Ellos gritaban... Ahora solo puedo decir que me gustan las lagartijas. Ayer jugué con Arly. Sus ladridos despertaron a algunos vecinos. Una cucaracha camina sobre una hoja de periódico sucio, tal vez de ayer. Hay una foto de mi amigo, de cuando teníamos 18. La palabra *suicidio* ya casi está borrada. ¿Qué edad tengo? Ahora siento mucho frío. Recordé que Arly murió cuando tenía 12.

Me vuelvo a sentar. Ya no veo mucho. Todo es más tenue. Miro mis manos pero son las de otra persona. Están tan sucias. Nunca tuve cicatrices. ¿Dónde están mis uñas? Levanto la mirada. Las pinturas rupestres cambiaron. Me siguen mirando, puedo sentirlo. Volteo y veo el rincón de la derecha tan oscuro. Parece que esa oscuridad puede tragárselo todo. Pero no. De ella emergen voces. Una de ellas, dulce, entona la canción de ese día en el hotel. No recuerdo cuál, sólo reconozco su voz, recuerdo los cabellos de cobre... y los ruiseñores azules. Aquella voz dice “Dios ha muerto”, creo que es la de un profesor que ha desaparecido de mi memoria o tal vez es la mía. Nuevamente las alarmas en el exterior. No escucho el grito de ninguna mujer... pero lo imagino. Hace días o tal vez hace siglos escuché que el mundo se estaba acabando, la gente moría por su cercanía a otras personas. Yo estoy acá. ¿Por qué no he muerto, como Dios? Quizás soy otro Dios. Se oyen perros pelear. La lluvia sigue cayendo, tan imperturbable, en el mismo ritmo.

La llama está muriendo. El rincón oscuro empezó a tragarse todo. Ahora pienso en el futuro. Siento vértigo. Me siento tan lúcido, como si fuera a morir... Por fin he llegado a una certeza en mi vida: soy estos pensamientos, que un día desaparecerán y nadie sabrá de ellos. De ellos, y mi anhelo por abrazar una lagartija.

Crashsaint

Las Bacantes

-Andrés Felipe López-

*“Ya se propaga, como un fuego,
Aquí cerca,
El frenesí de las bacantes”*

Eurípides

El día anterior me perseguiste con tu traje color mar. De mañana nos habíamos envuelto en el olor a mandarinas del solar. Juntas nos trepamos a los palos y nos columpiamos en los brazos de madera. Entre hojas siempre verdes y hormigas siempre rojas alcanzamos los frutos más maduros. Desgarramos sus cáscaras, desmembramos sus gajos. Escupiendo devolvimos sus semillas a la tierra y por fin tuvimos la certeza de que no nos crecerían en el vientre, ni a salir por las orejas como ramas.

A las doce crepitaron más mis pasos que los tuyos en la hierba. Tu pie descalzo se metió en el barro, los charcos y la arena, recogiendo entre su planta piedrecillas y las patas de algún grillo moribundo. Removimos margaritas y amapolas rebuscando ese zapato de cristal que jamás apareció. Nos cansamos. Nos sentamos a pensar los cumpleaños por venir y los pasados. Y de pronto imaginamos que de joven mi mamá vio este mundo a blanco y negro, como en la tele antigua del abuelo. Y pensamos que al crecer, cuando yo tuviera esposo y me quedara embarazada con un beso, en la tierra no cabrían los colores.

Por la tarde llovió aquí y por todo el mundo. Las ventanas se inundaron con los flashes de una cámara gigante que nos retrataba desde el cielo, poco antes del intimidante golpe de los rayos. Nos escondimos en la pieza. Seguimos presintiendo el martillazo de los santos. Me miraste jugar sola al catapiz y buscar la bola loca por debajo de la cama. Escuchamos a mi madre conversar sobre mi fiesta y esperamos y esperé que se acabara la tormenta para verte en la tevé.

A las ocho te perdiste de mi lado y vi un castillo, una ventana en la pantalla. Lentamente regresaste, te llamaste Cenicienta y te metiste entre un montón de fotogramas, mientras un coro de pájaros y otros animales se embriagaba con tu voz. La misma voz que cantaría entre pompas de jabón fregando el piso y bailando a medianoche con un traje encantado y un carruaje calabaza, poco antes de encontrarte tu zapato y apagarlos y dormirnos a la vez esperando el cumpleaños.

Al despertar dejé de verte y no temí, porque sabía en dónde me esperabas, porque me prometieron que estarías en mi fiesta y que sería para dos. Entonces me callé y en el silencio permití que me bañaran y me vistieran casi como a ti. Dejé que me peinaran semejando a una princesa. Envuelta en un perfume de durazno, comí el pan del desayuno y cuando pude me volé a esperar en el solar, mientras buscaba una ballena sobre el cielo convencida de que era un océano invertido.

Los primeros en aparecer fueron mis tíos. Con las manos enredadas entre cajas y botellas los vi entrar a esa sala que yo no podía ver, pero escuchaba: como una mesa mal corrida, como una bomba que se inflaba. Adiviné. Escuché que se encendía el equipo de sonido y me puse a imaginar cuántos cantantes le cabrían para tantas emisoras. Aburrida me senté a pensarte y sentí un par de regaños por pisar mi traje azul; aburrida me marché a esperar mis invitadas en la entrada.

Llegaron sin pisar las rayas que dividen las baldosas de la acera. Se pararon en la puerta y me dieron sus regalos con las uñas de sus padres en los hombros, semejantes a pequeños animales atrapados por un cóndor. Musitamos. Jugueteamos aplaudiendo con las palmas y los dorsos de las manos. Lentamente intentamos ver el sol haciendo un túnel con los dedos, jugamos a la ronda sobre el césped y después de una hora sentimos el gran peso del cansancio.

Cuando todo estuvo listo nos llamaron y pasamos para verte. Con mi entrada los adultos empezaron a cantar, a sonreír y a levantar sus copas de agua naranjada y transparente. De la radio salió un ruido enrevesado que después dejó cantar a un señor mi cumpleaños. Entonces te busqué por todos lados y entre el coro de invitados te encontré. En la mesa y en el centro de la sala pude ver tu cuerpo silencioso, casi inerte, oliendo a vainilla, reposando entre botellas de cristal y dando vueltas en el aire al mismo tiempo.

Por primera vez palpable, intenté tocar tu mano acercándome a la mesa y sentí una palmada en el dorso de mi brazo y un regaño. Traté de alcanzarte hasta el techo, pero era muy pequeña. Intenté por cualquier medio rescatarte, pero todos lo impedían y decían que quizás estaba hambrienta de torta y caramelos. Me callé. Me resigné y terminé por admitir que la fiesta para estar más cerca, nos pondría cada vez más lejos.

Entonces un payaso y dos animadores nos marearon. Pusieron a gritar más fuerte a los músicos que había apretujados en la radio y nos forzaron a bailar, sacar la lengua, caminar como primates y chillar palabras al revés entre la espuma, el confeti y una embriaguez que nadie supo cómo vino. Era un vaivén, un contrapunto que se apagó del lado menos fino. Y en ese remolino me perdí y me fui alejando hasta perderte.

Finalmente, frente a frente, hice el ritual. Enceguecida por un trapo y un naciente frenesí di cuatro vueltas y apreté con mis dos manos el bastón ceremonial. Te

busqué mandando tiros en el aire hasta encontrarme con tu piel y desgarrar tu carne a golpes hasta oír caer los dulces. Lo escuché; el momento en que tu cuello se rasgó y dejó caer tu cuerpo sobre una multitud que se jaló el cabello y peleó por las mejores y más dulces partes de tu ser.

Con mi mano entre las palmas de un adulto y un cuchillo acabé el rito. Desmembré toda tu silueta y repartí tus brazos y tus piernas bajo el frío que precede a la violencia. Entonces en mis ojos vi temblar una laguna, pero no dejé que se volviera un par de ríos, porque de repente comprendí que ya era una princesa.

Cuentos indefinibles

Diego Alejandro Vélez



-Diego Alejandro Vélez Jaramillo-

*

Soy graduado en Artes Escénicas y Administrador de Empresas. Tengo varios años de experiencia como actor y docente en proyectos pedagógicos con diferentes poblaciones, en especial, con niños y jóvenes. Eterno enamorado de la lectura y la escritura, creo que Medellín es una ciudad mutante y de contrastes.

Es por eso que mi accionar está presente entre actuar en espectáculos, intentar ser un buen bailarín con dos pies izquierdos, grabar por varias horas seguidas, durante varios días, sin lucir cansado; e intentar que los estudiantes no deserten de las clases. Se me hace una utopía interesante dedicarme a escribir cuentos donde se muestren las diferentes caras de la eterna primavera, esa que en ocasiones es salvaje y tierna.

*

Cuento infantil para Thanatos

¡Silencio! Creo que algo está ocurriendo. ¿Sí escuchas? Los caballos no paran de gritar, no entiendo... ¿Por qué los gatos se están riendo tan duro? Mira a ese perro verde que está al lado de la casa blanca, no para de llorar ¿Qué está sucediendo? Parece que algo anda mal, ¡las vacas están cantando! Suenan maravillosas. Observa aquel sapo como baila y recita poesía sobre el carro de la señora Elena ¡no te rías!... No, no veo a nadie, estoy seguro, solo puedo ver animales deambulando por las calles, creo que han enloquecido. ¿Los vecinos? No, no los veo, tampoco veo a los vendedores de helado, ni a los señores que pasan vestidos de traje y corbata, quizás no los veamos porque esta ventana es muy pequeña. Mmm ¡Qué rico huele! ¿Puedes sentir el olor a flores frescas? Creo que son rosas o jazmines. ¡Tranquilo! que estamos seguros aquí. Sí, lo puedo notar, es increíble, jamás lo había visto antes... ¡No hables tan alto Valentín! Que nos pueden escuchar, aún no sabemos qué es lo que está sucediendo. Es realmente hermoso ese árbol, me gustan sus flores y mariposas amarillas. ¡Escucha, tocan la puerta!, debe ser mamá. Ve, abre rápido, seguro ella sabe que es lo que está pasando.

Ya cálmate y deja hablar a mamá. Está bien mamá déjame explicarle a Valentín lo que está pasando, seguro entenderá la situación. Abre bien los ojos Valentín y escúchame con atención, no quiero que te distraigas, ¡prométemelo! Veo que estás preparado... Debemos embarcarnos en una gran aventura: el Rey ha pedido la ayuda de todos los habitantes del Reino para derrotar a la malvada hechicera Hela y a su ejército de búhos feroces, tal parece que te convierten en uno con solo tocarte o mirarte. ¿Estás

emocionado?, es simple, lo que debemos hacer requiere de mucho amor, compromiso y valentía, cada uno de nosotros deberá viajar al interior de su corazón, cuando estemos seguros que hemos llegado... ¡Sé que tienes preguntas!, pero te aseguro que lo vamos a lograr, ¡confío en ti! ¿Dudas que sea posible hacer este trayecto? ¿Nunca en tu escuela te hablaron de los viajes al corazón? ¡¿Si escuchaste mamá?! Creo que a la profesora Julia se le olvidó hablarles sobre estos viajes, me imagino que también olvidó hablarles sobre los jardines de la esperanza. Por lo sorprendido que te ves, me confirmas que es así, ¡pero no te preocupes que yo te voy a enseñar cómo hacerlo!... Bueno, continúa, cuando estés seguro de haber encontrado el interior de tu corazón, es en ese lugar donde debes plantar el jardín de la esperanza. ¿Cómo? ¿Semillas? Muy bien, veo que estás entendiendo rápido. ¡Las semillas!, Es cierto, lo olvidaba. Mamá recuérdanos que dijo el Rey. ¡¿Escuchaste Valentín?! ¡Qué las debemos buscar en nuestra casa!, ya que están ocultas y custodiadas por unos seres mágicos. ¡Sí, Valentín! esto será la solución para que el reino esté a salvo... ¿Cómo? Excelente pregunta, no se me había ocurrido antes, tienes razón, para poder realizar el viaje antes debemos encontrar las semillas. ¡Ven aquí! Mira de nuevo por la ventana, ¿puedes ver ese búho? ¡Qué feo! Se ve gracioso intentando besar a la luna, ¡escucha! ahora intenta enamorarla cantándole una canción, ¡es cierto! tiene una bella voz a pesar de su aspecto. ¡¿Pero qué hace?! También la puedo ver, es Ana la vecina quien toca la guitarra mientras el búho canta, ¡la ventana de su casa es más grande! Pero la de nosotros es la única redonda del barrio, ¡mira a Ana, está llorando! No, no creo que ese sea el motivo, ella es experta en jardinería. ¡Es cierto! quizás no tenga experiencia sembrando semillas en el corazón... ¡Ahora necesito que cierres los ojos Valentín! ¡Listo! escucha atento el cantar del búho, abre la boca, confía en mí, sigue atento a la canción mientras saboreas. ¿A qué te sabe? Muy bien, a miel. Abre los ojos y mira nuevamente al ave, ¿de qué color son sus plumas? Así es, blancas. Ahora dime, ¿quién de nuestros conocidos vende miel y es de abundantes canas? Exacto, el abuelo de Ana. A mí también me encanta la miel fresca que vende o, bueno,

que vendía. Es triste verlo así... ¿Por qué me miras así? Me pone un poco melancólico, sólo eso... ¿Recuerdas la misión que debemos cumplir para ayudar a nuestro reino? Al parecer Don Tobías, el abuelo de Ana, fue hechizado por los búhos feroces de la malvada Hela y se ha convertido en uno de ellos, seguro olvidó que no podía salir de su casa sin su escudo protector y mucho menos sin haber cultivado el jardín de la esperanza. ¡Es verdad, eres bueno para las adivinanzas! a mí al principio me costó saberlo, pero su voz es inconfundiblemente bella.

Iniciemos la búsqueda de las semillas, apresurémonos y comencemos por la nevera, ¡no la abras, tan fuerte! Que puedes despertar la furia del abominable hombre de las nieves. ¿Por qué insistes? ¿Acaso no te da miedo? ¿Qué? Te has vuelto loco, piensa en mamá. ¡¿Quieres volar?! ¡Suenan magnífico! Pero si te conviertes en búho ya no podríamos estar cerca y dejarías de ser el superhéroe de mamá. Recuerda, no todos vuelan. Debemos ser muy cautelosos en abrir la nevera para no despertar al abominable hombre de las nieves. ¿Hace cuánto vive en nuestra nevera? hace poco, creo que en las montañas no hay de las galletas de chocolate que hace mamá. ¡Le encantan! La otra noche lo sorprendí comiéndoselas todas. ¡No, él no me vio! Me hice invisible... ¿qué qué, que tienes hambre? Mmm, deberíamos esperar a que despierte, para no interrumpir su sueño. ¿Por qué gritas? ¿Ruido? ¿Cuál ruido? Calma Valentín, es el garabato que acaba de llegar. ¡Baja la voz para que no nos escuche! Recuerda que no podemos olvidar nuestra misión, ¡necesitamos las semillas! No olvides tus poderes, a la cuenta de tres, nos volvemos invisibles, para que el garabato no nos vea, uno, dos y ¡tres! ¿Otra vez con lo de ser búho? ¿Olvidas que al Garabato le encantan los animales? ¿Y que además los tiene enjaulados en nuestro patio? ¡Sí, me lo imaginé! Yo tampoco quisiera estar enjaulado, recuerda bajar la voz para que el Garabato no pueda oírte, ni ubicarte con sus manos llenas de dientes. ¡Valentín, el Valiente! Así te llamare ahora, ¿Lo ves? ¡Ahora no nos puede observar con sus ojos puntiagudos! ¿Qué escuchaste? ¿Al hombre de las nieves?

¿Qué te dijo? Dile que no haga ruido y que no hay chocolate. Tengo una maravillosa idea, que tal si mientras el Garabato termina de afeitarse le preparamos una deliciosa torta de zanahoria al hombre de las nieves, ¡Le podemos pedir ayuda a mamá! ¡Escuchaste eso?! Sonó como un relámpago ¿Te gusta el sonido de la lluvia? Tranquilo que los búhos se resguardan de la lluvia en los árboles, exacto, el abuelo de Ana debe estar en aquel árbol de flores amarillas que vimos en la tarde. ¡Hace mucho tiempo que no puedo sentir la lluvia! ¡Sí!, Estoy algo agotado, me debo sentar, ¡Ayúdame a mamá a mezclar todo los ingredientes de la torta! Qué horrible sonido, seguro son los búhos de la hechicera Hela buscan a sus próximas víctimas, con sus ojos y garras hipnotizan y tocan a las personas y las convierten en uno de ellos, ¿Qué por qué lo sé? ¡Espera un poco, aún no está la torta!, No abras el horno, ¡se me ocurrió una idea! ¿Qué tal si mientras esperamos a que la torta este lista, le preparamos una bebida caliente con limón y agua de panela? el pobre hombre de las nieves debe tener mucho frío.

Veo que tú también estás congelado, seguro es por la lluvia... ¡Ah y por cierto! Lo de los búhos lo sé porque los he enfrentado antes. ¿Te acuerdas cuando el dragón se me metió en el estómago y comencé a toser fuego? ¡Claro! También fue en ese momento donde comenzó a caérseme el cabello. ¡Por supuesto! Intentaron volverme búho, pero no lograron del todo su cometido. ¿Cómo? , muy sencillo, utilicé las flores del jardín de mi corazón, para combatir los búhos. Es verdad también con la ayuda de las palomas blancas que me visitan en la semana... mmm, ¡está deliciosa la torta! Te ves muy feliz, recuerda que la paciencia es una virtud valiosa que sólo tienen los sabios. ¡Sopla para que no te quemes la lengua con la bebida, está muy caliente! También tengo algo de sueño. Espera, ¿no olvidas algo? Muy bien, lo recordaste, guarda la torta en la nevera para que el hombre de las nieves pueda comer y la bebida déjala por fuera para que se enfríe un poco, no queremos lastimarlo. ¡Tranquilo, el Garabato ya está dormido! Y no se tomará la bebida... Ya veo la semilla como hace efecto en ti.

¡Sí!, ya la tienes plantada en tu corazón... Descansa Valentín hoy fue un día bastante agitado mañana encontrarás la última semilla, ¿Qué qué? ¿Qué no buscarás más? ¿Qué hoy no encontraste ni una? No es así Valentín, por el contrario las hallaste casi todas. La cuarta semilla, la paciencia, ya está en tu corazón, cuando te enfrentaste a la espera, para poder calmar tu hambre y pensar en el bienestar del hombre de las nieves, la primera que encontraste fue la de la creatividad. ¿Cómo?, muy sencillo. Cuando decidiste embarcarte en esta gran aventura y buscaste en tu interior para descubrir todos los seres mágicos que habitan nuestra casa, además con tu valentía lograste derrotar el monstruo del aburrimiento. La segunda semilla que hallaste fue la solidaridad cuando comprendiste que el abuelo de Ana era un búho y aun así te preocupaste durante la lluvia por su bienestar. Y la tercera semilla es el amor, cuando desististe del querer ser búho para estar con tu familia. Las semillas son invisibles ante los ojos de los seres humanos, pero cuando estas son plantadas en tu corazón aprendes grandes lecciones. Ahora te falta solo una, la quinta, y para encontrarla deberás enfrentarte a los laberintos de la razón. ¿Cómo? ¡Sí, claro!, todos los niños pueden ver a los seres mágicos que habitan en sus hogares. Antes de dormir busca debajo de la cama. ¡No es un teléfono de juguete!, bueno se parece un poco a los que haces en la escuela con la profesora Julia. ¿Qué si es especial? Claro que lo es; ahora Pruébalo, escucha. ¡Es la voz de Superman! Lo ves, es mágico, volvamos a llamar. ¡Aló! ¿Quieres que te pase a Valentín? ¡Valentín es el principito! lo ves, es mágico, ¿Ya quieres dormir? ¡Sé que estás cansado y un poco triste! hace tiempo no ves a tus amigos de escuela. ¿Los tapabocas y los guantes? Ya te lo había explicado que es para evitar ser visto por los búhos. ¿Las palomas blancas? Es cierto que también usan tapabocas y guantes. ¡No son señores!, son seres mágicos, ellos tienen permiso del rey para caminar libremente por el reino, además necesitan ir a las casas a ayudar a las personas a combatir los hechizos de la bruja Hela. Escuchaste a mamá, es hora de dormir, ¡Descansa Valentín, el valiente!

Buenos días mamá, ¿Por qué estás llorando? ¿Dónde está mi hermano Esteban? ¿Cómo que se convirtió en búho? ¡Pero si él no salió en ningún momento! Seguro fue el dragón que vivía en su estómago o ¿serían los búhos de la hechicera Hela que lo convirtieron? ¡Era verdad! Tranquila mamá, lo voy a llamar por este teléfono, ¡hablaré con él, es un teléfono mágico! ¡Aló! Pinocho, ¿me puedes pasar a mi hermanito? ¿Ocupado? No, no estoy llorando, solo que me arde un poco la garganta ¡¿En búho?! Fue el dragón en su estómago quien lo devoró por dentro hasta convertirlo en búho. Por favor dile que lo quiero mucho y que no voy a salir de casa, también que todas las mañanas le voy a dejar al lado de nuestra ventana semillas y nueces para que coma, ¡ah! y dile que las puede compartir con el señor Tobías, luego volveré a llamar... Mamá, no te preocupes y no llores más, que mi hermano me enseñó como combatir el hechizo de la malvada Hela y su ejército de búhos feroces. Te enseñaré a sembrar en tu corazón el jardín de la esperanza.

Estrella triste

- *Juliana Roldan Chica* -

Si la miro nunca podría sentirme sola. Después del intenso poniente que atraviesa la zona nororiental de Medellín, a la Montaña del frente se le hacen más evidentes las casas que, como pulgas, se aferran sedientas desde hace años a su lomo. Cuando se cansa se va a ir, eso es seguro. Hace apenas unos pocos meses que me deje de preguntar cuánto tiempo lleva allí. Lo que ahora anda sosteniendo mis neuronas es la idea de que cuando se pare, tan aburrida como yo, no le va a importar más los pregones graciosos de los vendedores de El Hueco. La Montaña tampoco se va a detener a pensar en las calles, esas que ahora se hicieron tan suyas como estrías narrando parlanchinas, y sin permiso, la historia de su cuerpo...

La pelada aquella ni siquiera lo notaba, caminaba como si fuera real, o por lo menos posible, era increíble que unos tenis gastados le sirvieran a una estrellita tan bonita para caminar. La primera vez que la vi no sabía nada, ni tenía, por lo menos, un atisbo chiquitico de por qué la tenía que observar tanto. Eso sí, la cacofonía y la mezcla de olores de esa noche me tenían a punto de vomitar. Descoloridos, me llegaban hasta el bus en el que estaba sentada, los vestigios del día muerto. De repente era como si lo bonito que no podía dejar de mirar me asqueara tanto como la misma mierda.

Entonces por el lomo de la Montaña, ahora despierta, y más consciente de sí misma de lo que nunca jamás estuvo, van a desfilan el arrume de casas multiformes que parasitaban en su cuerpo. Seguramente caigan por todo el centro aquellas viviendas que en las noches de pérdidas y neblina me acompañaban alumbrando de cara a mí...

La última vez que la vi a ella, en cambio, lo abrazaba fuerte. Miraban sonriente al lente de la cámara, ambos felices y destilando tranquilidad. Yo ya no era ni su cielo, ni su felicidad enterita. Ya no "era" para ella. Desde la terraza de mi casa las lágrimas me ardían en las mejillas. Me di cuenta que poquito a poquito volví a ser la niña afligida que esperaba a que su mamá volviera del trabajo, cansada, pero con las fuerzas suficientes para cantarle suavemente.

Antes pensaba que era mía, que nadie miraba tanto a la Montaña como yo y eso me otorgaba algún tipo de derecho sobre esta. Generalmente la luna la acompaña desde el cielo con los colores más innombrables y junto a la estrella más linda, esa que tiene que ser la más triste también. Pero nada de eso: desde tan arriba se puede ver que la Montaña es el refugio de un millón de ojos que la miran, muy vacíos, pero esperando siempre algo de ella.

El estruendo de sus pasos va a ser tremendo, pesa mucho. Al principio va a caminar muy lento y torpe, es normal, lleva mucho tiempo sin mover ni el más pequeño de sus músculos. Pero luego va a acelerar, va encontrar ritmo para sus pasos gigantes y graves...

Magret de canard

- Wendy Yuliana Londoño Correa-

Voy a relatarles, (tal como sucedió), lo que me pasó una vez que, de alborotao, arreglé mis chiros y me jui pa la ciudad, dizque pualla, había hijuemadre, harto camello pa mí. Eso me lo dijo un amigo y le comí cuento. No atendí los ruegos de mi taita, que parada en la puerta con su vestidito azul y su delantal negro me decía “regrese mijito, regrese” y hacemos la criada de conejos, verá que eso nos da platica, y se iba limpiando los mocos con el delantal. Pero en ese entonces no le hice caso. Hoy, estamos podridos en la plata, gracias a los dichosos conejos. Pero esperen pues les cuento...

Cuando llegué a esa dichosa capital, me encontré con un conocido del pueblo y ahí mismito que lo reconocí...lo saludé.

- Oiga Ramón, y ¿uste que hace por estos lares? ¿También se vino y dejó a sus taitas?
- Vea que vaina ombe casi me mata esa bicicleta.

El pobre estaba sacándose el polvo del pantalón con el sombrero de caña, después de la revolcada que le habían dado.

- Pues que te cuento ombe, mírame no más, ai más hilachento e infeliz que vos.
- Es que esto es muy perdedor, y si uno no se fija por donde anda no termina de contar el cuento. Vea compadre, llevo dos días acá y no he podido encontrar donde dormir y me tocó en la calle. Es más compadre, me robaron todo lo que traía.
- Sí, es una vaina muy jodida vivir por aquí...mire como nos miran de raro.

- Sí, compadre, demasiado. ¿Por qué mejor no nos degolvemos pal pueblo? Allá teníamos todo. Bobos nosotros que comimos cuento.-
- Yo también lo creo compadre. Hagámosle pues, Juan de Dios...

Y así salimos los dos amigos devuelta a nuestro pueblo.

Por el camino, y mientras llegábamos a la terminal de buses a ver si alguien se acomodía y nos llevaba, empezamos a recordar todas las cosas buenas que teníamos allí y a tratar de entender por qué tuvimos que venirnos a una ciudad que si nos descuidábamos nos había tragado día a día y parte sin novedad.

- ¿Ve Juan de Dios, te acordás de la tranquilidad que teníamos allá?
- Claro hombre. El pueblo aunque de pocas gentes tiene mucha naturaleza.
- Mira Ramón que esta ciuda, es muy contaminante...tengo una tos de perro. No veo la hora de llegar al rancho para que mi ama me embuta de ese jarabe de totumo que ella misma prepara.
- Si ve mijo, a lo único que vinimos por acá fue a enjermarnos...
- Vé Juan de Dios y si, después de que lleguemos, hacemos algo para conseguir unos pesos y ¿qué tal que algo nos salga...?
- ¿Cómo se te ocurre, hombre Ramón?
- Pues ve, hace mucho tiempo mi ama quiere tener un criadero dizque de conejos.
- ¿Conejos? ¡Tu ama se enlocó! ¿O qué?
- No, guevón. Ve, te explico... hacemos unas conejeras bien chimbas, atrás de mi casa, vos sabes que el solar es bien grande y cerquita a la quebrada, les ponemos malla y como ellos comen harta yerba, pues los criamos más con eso que con cuidado. Cuando estén grandecitos los vendemos vivos para hacer cría, además mi taita es experta en despellejarlos, yo la he visto; los adobamos y los vendemos muertos. ¡Esa carne es quizque deliciosa!

El pobre Juan de Dios se rasca la cabeza y mirando pal frente, me dice...

- Oíste, ¿vos crees que esta gente del pueblo como es de montañera va a comer eso?
- ¿y quién te dijo que les íbamos a contar que lo que se van a comer es conejo?
- ¿Ah no, entonces?
- Vé compadre, te voy a contar algo pa que entendas. Hace unos meses mientras trabajaba en la jinca del Benancio, el de la guayabera, me topé con unos libros de cocina todos raros y sojisticados. Allí mostraban como preparar comidas con distintos ingredientes, pero con nombres lo más de raros. Haber te doy un ejemplo: pará bien la oreja. En las Europas hacen un plato que se llama dizque...algo con rata, ya, ya me acorde "ratatuille" eso sí, una auténtica delicia de verduras al horno, en el libro se veía retesabroso, para que te digo mentiras.
- Compa, pero sigo sin entender. ¿Qué tiene que ver eso con los conejos?
- A ver piense, piense compadre. Usted no es bruto, o ¿sí? ¿Usted es paisa? ¿No?
- ¡Sí!
- Pues tal parece que no.
- No soy bruto. Dígame.
- Páreme bolas pues, que nos vamos es a llenar de plata con esta ideota: Mi amá que cocine, despelleje y condimente esos animales, así como hace con los tásajos de solomo y de falda, de tucino y de empella; y como cuelga las costillas de vaca y de cuchino; que los meta en zurrone y los deje allí tres días, con harta cebolla, cilantro y limón, que pa eso tiene hartos en la huerta. Después de ese tiempo que los ase en el horno del fogón de leña, el que nos dio el gobierno, lo molemos a mano y los servimos con hartas lechugas, tomates, cebolla de huevo, cilantro, mucho limón y listo. Le buscamos un nombre bien bonito y que suene bien raro y listo el pollo.

- ¿Y cómo cuánto hay que poner? yo no tengo muchos ahorros... y eso que menos mal no me traje todo...por qué si no, estaría como vos, en la inopia.
- Mi ama dice que es poco, porque ellos se reproducen rapidito y tienen muchas crías.
- Pero y las fumigaciones aéreas, ¿qué hacemos con ellas?
- Verdá no había caído en cuenta... ¿Sabes qué?, pongamos nosotros el capital y que mi ama haga el resto. Así como adora las gallinas, el sembradío de tomates, cebolla y cilantro, así mismo encontrará la forma de criar esos dichosos animales, para que hagamos plata y no tengamos que golvernos pua aquí donde naidés nos ha llamado.

Y así mismito jue. Un mes después, nosotros teníamos el criadero de conejos más grande de la región. Es que eso hijuemadre se reproducen que da miedo. Mi amá se quedó beleña y paralela: en aquel caserón ya no había sino conejos por la despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrónes, por el suelo, había de cuantos colores, tamaños y hocicos se conocieran de estos animales.

Empezamos a correr la bola, que pronto abriríamos un restaurante, estilo francés y serviríamos un plato estrella, que todos se quedarían con la boca abierta y con ganas de más.

Pero lo que no canta el gallo lo canta la gallina: ¡mi amá sí supo darse lujo y meterse a señora de media y tacón! Con todo el platal que le ha sacado al negocio, compró y le puso balcón a la casa en el pueblo, porque la finca de la vereda quedó solo para cría de conejos y consiguió servicio y compró ropa muy buena y de moda muy bonita. Cada rato se ponía en el balcón, y apenas veía gente, gritaba: “¡gracias a Dios que me dio un hijo tan innovador, este negocio nos está dejando mucha plata!”. Y si veía pasar alguna amiga, le gritaba: “¡Cuando quiera venga y pruebe el plato tan maravilloso que hacemos

acá! Venga pa que coma “magret de canard”, todos se quedaban mirándola y sí, a muchos les ganaba la curiosidad y se iban adentrando al establecimiento, que no era sino la sala de la casa adornada, con algunas mesas de mimbre, y cuadros de repujado, junto a una que otra flor artificial.

Después todos los que comían allí, salían repechados y muy menuditos, porque habían comido un plato francés. Eso nunca se había visto en el pueblo. Hasta el señor alcalde venía con su familia y sus empleados a degustarlo casi a diario. Y a medida que íbamos teniendo más “comelones” le íbamos subiendo el precio.

Ansina pues que hoy en día ya no nos dan ganas de salir para ninguna ciudad. Es más, pasiamos cerca o lejos, pero pagando carro para que nos lleve. No más bus, no más bicicletas, no más mototaxis, no más jeps, ya sólo contratamos y listo, pagando los mejores hoteles, y le damos la mano a los mendigos de las grandes ciudades. Hay que compartir con el prójimo, dice mi amá.

- Vea compadre Ramón, quién iba a decirnos hace un tiempo atrás, que esa idea tuya nos iba a dar tanta plata. ¿no?
- Sí mijo. Ahora somos todos unos “ches” y simplemente por agregarle unas verduras, y caldo a un plato de carne de conejo. Seguramente si nos hubiéramos quedado en la ciudad, ¡quién sabe que sería de nosotros!

Por eso usted, que está leyendo esta historia, venga a mi pueblo y a mi restaurante y deguste, como dice el aviso en la parte alta de la puerta:

“MAGRET DE CANARD”

Exquisitas albóndigas de conejo

(Nunca leen la letra chiquita)

Cuentos indefinibles

Juan José Díez Goez



-Juan José Díez Góez-

*

Nací en Medellín hace veinte años. Crecí acostumbrado a ver montañas en el horizonte, teñidas de color ladrillo, con una que otra mancha de verde monte. Cuando caía la noche y sus laderas se llenaban de luces titilantes, pensaba que eran las estrellas que se posaban sobre ellas. A veces, cuando oscurece, quisiera seguir creyendo en eso todavía. Me apasiona la ciudad y disfruto caminar sus calles y subir o bajar sus lomas, conocer sus personajes y escuchar lo que tienen por decir.

Mi familia es bastante conservadora, pero yo les salí mal. Cuando era pequeño decían que iba a ser cura, y ahora, aunque no soy ateo, tampoco soy creyente. Tengo la certeza de que hay mucho por cambiar, y quiero aportar a ese cambio desde lo que disfruto y sé hacer. He escrito y publicado algunos cuentos y crónicas, también he explorado los campos de la fotografía, el pódcast y, en menor medida, el contenido audiovisual. Estudié periodismo porque me gusta contar historias, y me gusta contarlas para entender y explicar cómo en ellas hay una pequeña parte de todos nosotros.

*

Coctel de mora azul

Estaba varado frente al portón de un almacén enorme y vacío. Muy solo a pesar de estar abierto. También muy solo a pesar de los carros que subían y bajaban por la Avenida Ferrocarril. De la calle o de la noche salió un tipo con pelo largo mal rapado en los costados y con la cara sucia como manchada de un tizne extraño. Tenía una chaqueta negra con mangas rojas y una camisa blanca que se notaba aún más mugrosa. Lo vi acercándose desde lejos, me miró, lo miré y dejó de mirarme. Me regresó la vista cuando estuvo lo suficientemente cerca, hice lo mismo y le pregunté: parece ¿todo bien?

—Bien, panita. Chimba de camisa: Ra-mo-nes... —respondió, señalando mi camiseta mientras sus ojos perdidos apuntaban a los míos— Yo antes escuchaba a esos maricas, a mí me gustaban...

A mí no me gustaban, pero la camiseta sí. Él tenía más pinta de punk medallo, pero tampoco. Me dijo que también escuchaba Sex Pistols y que no se acordaba de nada más. Cuando habló de nuevo pude notar un acento rolo que se le entonaba al final de cada frase. Le pregunté si le gustaba el punk.

—A mí me gustaba... Sizas, a mí me gustaba. Yo escuchaba bastante, pero hace tiempo que no.

—¿Y por qué ya no?

—Yo escuchaba bastante, pero me fui agüevando. Yo me hago el loco... y me dicen loco... —se le escapó una carcajada sin terminar de pronunciar la última palabra, se quedó quieto y me miró a los ojos otra vez para decirme seriamente: pero soy el único loco que toma coctel de mora azul.

Soltó la misma carcajada de antes, pero más violenta, con un ritmo más frenético tal vez. Sacó una botella de la chaqueta y ya iba a chicaniar cuando se dio cuenta de que estaba vacía. Siguió buscando en otros bolsillos, cada vez con menos paciencia. Se azaró de verdad, no encontraba el coctel de mora azul que tanto decía. Y si él estaba azarado, yo lo estaba el doble. Observé con atención cada uno de sus movimientos, no fuera a ser que este hijueputa sacara un cuchillo y me dejara sin pasajes, sin celular o sin riñón. Se mandó la mano al bolsillo trasero del bluyín y volvió a reír.

—Ve, y sí es verdad...—le dije sorprendido cuando me extendió una botella de Gatorade con un líquido azul hasta la mitad.

—Claro, ¿es que no me creía? Huela si quiere pa' que vea que es verdad. —acepté y le estiré la mano. Me dieron hasta ganas de probarlo, pero se lo devolví.

—Qué chimba ¿y usted dónde lo consigue parece?

—Por el Poblado. —respondió secamente sin dejarme de mirar.

Más que la respuesta, me extrañó el cambio de semblante, una repentina falta de vitalidad en la voz. Dejó de reírse y se quedó callado. Me hice el güevón mirando los carros que pasaban, a ver si él también volteaba y por lo menos dejaba de mirarme así. No dejó de hacerlo, entonces devolví la cara y, sin saber que decir, le pregunté “¿vos de dónde sos?” Pero evadió la pregunta dando un sorbo del líquido azul.

—¿Va a tomar? Esto es una chimbita. —y me estiró la botella. Le dije que no, la tapó y se la metió en el bolsillo de la chaqueta con una parsimonia que alcanzaba a ser

hostil— Yo soy de Tunja, y desde muy pequeño viví en Bogotá... pero yo ya no soy de ninguna parte pues...

Asentí en silencio y me quedé pensando cómo más ponerle conversa.

—¿Por qué? —preguntó con tono amenazante antes echarse a reír otra vez— ¿Vos de dónde sos? ¿De Sopenetrán?

Me dio la espalda y se fue con su risa hacia el semáforo, no sé si a pedir menuda o solo a alejarse de mí. Siguió riéndose cada vez más suave, más para sí mismo, y me dijo desde lejos que todo bien, que después nos veíamos. En esas pasó el Coonatra, me desvaré. Saqué dos mil pesos de la billetera y busqué una moneda de 200 en el bolsillo, me monté en el bus y me senté en la última silla antes de la puerta de atrás.

Como el bus seguía parado me asomé para atisbar el semáforo. Estaba en rojo, debajo vi al parcero recostado sobre él. Apenas bajaba la mirada cuando noté el reflejo de la luz amarilla en los charcos del pavimento. Me miró y me levantó la botella de Gatorade con el líquido azulado al que le decía coctel de mora azul. Le alcancé a sonreír antes de levantar el pulgar como diciéndole que todo bien. El conductor arrancó sin que estuviera en verde y avanzamos unos metros, pero me pareció que fueron muchos más. Sentía una distancia extraña, como si dejara atrás la casa de un amigo o un familiar. Y estuve así, distante, desde La Minorista hasta la 80 más o menos. “Mera caja”, pensé cuando llegué, aunque de todas formas no fui capaz de reír.



Alcaldía de Medellín